

Quizás tengan razón los que lamentan haberse desperdiciado los primeros momentos, sin duda los más propicios para reconstruirla. Pero si estos lamentos han de enervar nuestras energías y debilitar nuestros entusiasmos, empeoramos la solución, y quizás el día de mañana también tengan razón los que se lamenten de haber hecho hoy tan poca cosa. ¿No es una necesidad que en toda Párrquia haya su templo parroquial? Pues todos a la una a levantarlo, que en las cosas necesarias no caben divergencias.

Que nadie, pues, deje de contribuir a edificar nuestro Templo parroquial. Los pobres con su pobreza, los ricos con sus tesoros, y unos y otros acompañando sus dádivas con su buena voluntad y si es preciso con su sacrificio; que si la buena voluntad da valor a la dádiva, el sacrificio aumenta dicho valor. Únicamente quedan excluidos en esta obra los rojos, porque ellos tienen odio a Dios y en esta obra se trata precisamente de manifestarle el amor que el pueblo le tiene. Harán muy bien los rojos, si alguno queda entre nosotros, en decir que no pueden dar nada para la reconstrucción de nuestra iglesia parroquial. Su misión es destruir, no edificar. Pero de los que no son rojos, ninguno ha de quedar al margen de esta empresa. El buen nombre de la Ciudad lo exige. La memoria de nuestros antepasados lo reclama. Los su-

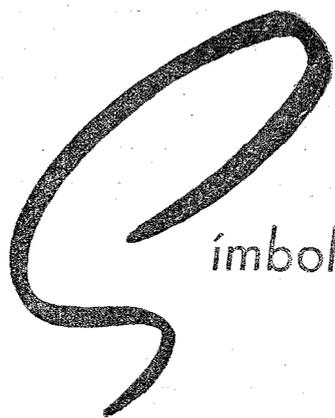
frimientos, las lágrimas y la sangre vertida en la pasada hecatombe piden esta reparación. Nuestro honor de católicos, ¿no pide un lugar santo donde santificar a nuestros hijos con el Bautismo y la Eucaristía; un lugar adecuado para enlazar con la bendición del Cielo el corazón de los esposos; un lugar recogido para llorar nuestros extravíos y buscar consuelo a nuestras penas; un lugar piadoso para juntar nuestras plegarias en favor de nuestros difuntos; un lugar sagrado donde ofrecer al Eterno Padre el sacrificio incruento de su divino Hijo, nuestro Señor Jesucristo? Hasta lo pide nuestra propia conveniencia, por no decir nuestro egoísmo; pues el que con recta intención ayude a levantar la Casa de Dios, puede esperar una buena recompensa en salud, en acierto, en toda suerte de prosperidades, y sobre todo en aumento de gracia en este mundo y de gloria en el otro.

¿Podremos ver, pues, en la Fiesta Mayor de 1941 los muros de nuestra Iglesia Parroquial renacidos, por encima de nuestras casas?...

A Dios rogando bendiga tal empresa, y con el mazo dando poniéndonos todos al lado de la Junta de Reconstrucción de nuestro Templo parroquial.

ALBERTO OLIVELLA, Pbro.

REGENTE DE GRANOLLERS
DEÁN DEL VALLÉS



Simbolos de piedra que vuelven a levantarse

Están palpitantes en nuestra memoria aquellos momentos terribles del 20 de Julio de 1936 que entre las sórdidas explosiones de una y otra bomba saltaban a pedazos las puertas sagradas de nuestra Iglesia parroquial. La turba de ignorantes e inconscientes, conducidos por mentalidades criminales, puso fin diabólicamente a las innumerables riquezas que galardoneaba nuestra querida Ciudad. ¡Qué les importaba que el mismo correr de los tiempos hubiese respetado los silenciosos testigos de los momentos más solemnes de la existencia de sus antepasados y de ellos mismos quizás, si les habían dicho, paradójicamente, que entre aquellas paredes se cobijaba el enemigo del «pueblo»!... Y el odio de un puñado de malvados no pudo saciarse aun con la contemplación de los altares profanados, de las imágenes destrozadas, de la consumación del incalificable